



Este misterio del camino del crucifijo es muy intenso y vamos a empezar por detenernos en un pasaje importante: el encuentro de Jesús con su Madre. Tras la condena de Jesús, la Santísima Virgen, acompañada de san Juan y de las santas mujeres, se abrió paso entre la multitud para situarse a los pies de una casa por donde debía pasar el cortejo. Antes de que Jesús llegara a su altura, la maldad humana se desató contra María, y la beata Ana Catalina Emmerich describió así la visión que se le concedió:



*«La Madre de Dios estaba pálida, con los ojos enrojecidos por el llanto, temblando y apenas sosteniéndose en pie. Cuando las personas que llevaban los instrumentos de tortura se acercaron con aire insolente y triunfante, la Madre de Jesús comenzó a temblar y a gemir; juntó las manos, y uno de esos miserables preguntó: «¿Quién es esta mujer que se lamenta?» Otro respondió: «Es la Madre del galileo». Cuando esos malhechores oyeron estas palabras, abrumaron con sus burlas a esta dolorosa Madre; la señalaron con el dedo, y uno de ellos tomó en su mano los clavos con los que iban a fijar a Jesús a la cruz, y se los mostró a la Santísima Virgen con aire burlón».*

¡Qué actitud tan ignominiosa hacia Aquella que no es más que caridad y amor! Fue la primera ofensa grave y directa cometida contra la Santísima Virgen por parte de los hombres. Si hubiéramos estado en ese camino del Calvario junto a María, ¿cómo habríamos reaccionado? ¿Nos habríamos quedado indiferentes? Por supuesto que no. Al contrario, habríamos hecho todo lo posible por protegerla y reparar esos ultrajes de la multitud y de los soldados. Pues bien, hoy la situación es la misma. Los insultos y blasfemias del mundo moderno hacia Nuestra Señora continúan y son incluso peores que durante el camino de la cruz. Para repararlos, la Santísima Virgen nos pidió en Fátima que realizáramos este pequeño esfuerzo de los primeros sábados del mes. Si descuidamos su petición, es un poco como si estuviéramos en ese camino del Calvario junto a Ella y decidiéramos no apoyarla ante los insultos de los soldados...

Tras los ultrajes de los verdugos, he aquí que, de repente, la Santísima Virgen ve por fin a su Hijo: *«Miró a Jesús juntando las manos y, quebrantada por el dolor, se apoyó para no caer contra la puerta, pálida como un cadáver y con los labios azules.* Ella, que durante treinta y tres años había contemplado el rostro tan radiante y tan bueno de Nuestro Señor, lo veía ahora desfigurado, abatido por el sufrimiento. Ante esta visión, la espada profetizada por San Simeón durante la presentación en el templo acaba de clavarse en su Corazón de Madre. Fue entonces cuando, a su vez, Jesús, alzando los ojos, la vio: *«Sus ojos apagados y ensangrentados, bajo la horrible trenza de la corona de espinas, lanzaron a su dolorosa madre una mirada triste y compasiva, y, tambaleándose bajo su carga, cayó por segunda vez de rodillas y sobre sus manos».*

Esa primera mirada intercambiada entre Jesús y María debió de tener una intensidad indescriptible. La beata Ana Catalina Emmerich nos describe la escena desde el punto de vista de María: *«María, bajo la violencia de su dolor, ya no veía ni a los soldados ni a los verdugos: solo veía a su amado Hijo reducido a ese miserable estado; Se precipitó desde la puerta de la casa en medio de los arqueros que maltrataban a Jesús, cayó de rodillas junto a él y lo abrazó con fuerza».* Al igual que Jesús, Ella cae en este camino del Calvario, a su lado. Ahí están los dos en el suelo, aplastados por la maldad de los hombres. Sus dos Corazones se funden en uno solo en este sacrificio realizado por amor a nosotros, por nuestra salvación.

El abad Perroy, en su libro La subida al Calvario, describe la escena desde el punto de vista de Jesús. *«Él levantó un poco la cabeza, empapada de sangre, y la miró [a su Madre]. ¡Qué mirada! ¡Qué silencio! Hay sufrimientos que no pueden expresarse; la palabra los desnaturalizaría, todo se dice con una mirada y en silencio. A partir de ese momento en que Jesús se encuentra con su Madre, se produce en su Corazón una profunda laceración. (...) La visión del ser querido por excelencia fue el instrumento de tormento más penetrante de la Pasión: solo aquellos que han experimentado la mordedura de un dolor semejante lo comprenderán».*

Mientras el recuerdo de su agonía en el huerto de los olivos aún está presente, ve ahora cómo comienza la agonía de su propia Madre. Sabe que la ha arrastrado a esta locura de la redención del mundo. Podría habérselo evitado si sus legiones de ángeles hubieran intervenido. Pero la voluntad del Padre es otra. Él sabe que al aceptar su propio sacrificio ha arrastrado al de su Madre. ¡Qué abatimiento para Jesús! Después de haber cargado con los pecados del mundo, ahora debe llevar en su Corazón el inmenso dolor de su Santa Madre. Pero, al igual que en el Huerto de los Olivos, este nuevo abatimiento se vive de nuevo en total sumisión a la voluntad de su Padre. Y, conociendo a su Madre, sabe que Ella comparte esa sumisión en una perfecta unión de corazones con Él. Esta terrible prueba los une más que nunca. Transcurren así unos segundos y María, empujada por los soldados, desaparece de su vista. Entonces, pacientemente, Jesús se levanta.

Continuemos el Vía Crucis. ¿Nos hemos dado cuenta de que Jesús solo va a hablar una vez? No se dirige ni a la Santísima Virgen, ni a santa Verónica, ni a Simón de Cirene. Sus únicas palabras son, sorprendentemente, para las mujeres de Jerusalén que, en medio de la indiferencia y la crueldad de la multitud, tienen al menos el mérito de compadecerse de sus sufrimientos: *«No lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos.»* (Lc 23, 28) San Juan Crisóstomo explica que, con estas palabras, Nuestro Señor muestra que no pide que se llore por su pasión, sino por los pecados que la causan: *«No lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas; pues no es por mí por quien hay que lamentarse, sino por vuestros propios pecados.»* En efecto, las mujeres de Jerusalén se compadecen de la consecuencia —el dolor de Jesús— sin discernir la causa: nuestros pecados.

Meditemos este pasaje considerando que Jesús se dirige a nosotros, hoy. Cerremos los ojos e imaginemos: Jesús, con el rostro ensangrentado, se vuelve hacia mí, que medito en este momento, y me dice: amigo mío, no te compadezcas de mi suerte, sino llora por tu alma de pecador, que es la causa de mis sufrimientos. La legítima compasión que sentimos por Jesús caminando hacia el Calvario no debe limitarse a una simple emoción sensible. Debe ir acompañada de una aguda toma de conciencia de que nosotros somos la causa. Esto es lo que nos recuerda san Alfonso de Liguori: *«Hay que observar, además, que todo lo que Nuestro Señor sufrió en su Pasión, lo sufrió por cada uno de nosotros en particular».*

Contemplemos, pues, los dolores de nuestro buen y dulce Jesús, pero postrémonos también ante Él implorando su perdón por nuestros pecados. Llorar por Jesús cargado con su Cruz es vano si, al mismo tiempo, hacemos más pesada esa Cruz permaneciendo indiferentes ante nuestras propias faltas. Amar a Cristo cargando con su Cruz es, pues, esa mezcla de dolor sensible que sentimos ante Sus sufrimientos y de profundo arrepentimiento por ser la causa de ellos; es admirar ese don, esa abnegación de Jesús que se entrega por completo para salvarnos y reparar mis faltas. San Alfonso de Liguori cita a Arnault de Chartes: *«¡Señor! Me has amado, no como a ti mismo, sino más que a ti mismo; pues, para librarme de la muerte, ¡has querido morir por mí!».*

Lo mismo ocurre con la espada que traspasa el Corazón de la Santísima Virgen María cuando ve a su Hijo cargado con su Cruz. Esa espada la clavamos cada uno de nosotros, sin excepción. ¡Oh! ¡Cómo deberíamos sentirnos sobrecogidos al tomar conciencia de lo que hemos infligido a Jesús y a María! Pero no quedemos paralizados por esta realidad. Que este temor nos impulse, por el contrario, hacia un verdadero arrepentimiento. Así, en lugar de caer en la desesperación ante la magnitud de nuestra responsabilidad, seremos iluminados por la Misericordia de los Corazones de Jesús y María.

Para terminar, la frase de Jesús a las hijas de Jerusalén también debe hacernos reflexionar sobre nuestra actitud ante el colapso del mundo actual. Nos quejamos con facilidad de la guerra que amenaza y del mal que avanza por todas partes. Pero también en este caso, ¿nos cuestionamos nuestra propia mediocridad, que es también una de las causas de todo este mal? En efecto, si nuestras buenas obras, gracias a la comunión de los santos, repercuten positivamente en todos los hombres sin que lo veamos, lo mismo ocurre con nuestra tibieza y nuestras negligencias, que contribuyen al desarrollo del mal en la tierra, incluso en la Iglesia. Antes de llorar por el mundo, lloremos primero por nosotros mismos, nos diría Cristo hoy.

La Santísima Virgen en Fátima nos dijo exactamente lo que quería para salvar al mundo: el rosario y los primeros sábados del mes. Sin embargo, desde hace cien años no lo hacemos —o lo hacemos muy poco— y, por lo tanto, somos en parte responsables de la dramática situación del mundo. Por eso es urgente empezar a celebrar con confianza los primeros sábados del mes, pues, como dice el Niño Jesús en Fátima: *«Nunca es demasiado tarde para recurrir a Jesús y a María».*